

PAZ ENTRE CHILE Y ARGENTINA

Homilía en Misa por la paz

13 de diciembre de 1981

Mientras el Papa Juan Pablo II recibía en Roma millones de firmas de jóvenes chilenos y argentinos por la paz, en el Cerro Santa Lucía de Santiago se celebraba una multitudinaria Eucaristía concelebrada por todos los Obispos de Chile.

Señor Nuncio Apostólico, Señores Arzobispos y Obispos, Sacerdotes, Religiosas, muy queridos hijos:

Hace cuatrocientos cincuenta años, en una pequeña colina cercana a la ciudad de México, la Virgen Santísima se apareció a un pequeño, modesto indio, Juan Diego. Se le apareció para decirle que quería que él, indio y humilde, fuera a avisarle o a pedirle al Señor Arzobispo de México, español, que construyera en esa colina un Santuario para que Ella, la Virgen Santa, pudiera desde allí derramar sus gracias sobre el pueblo azteca, sobre todo el pueblo de aquella enorme nación. El pobre indio le manifestó humildemente su pequeñez y su incapacidad de cumplir con este mandato, porque no le iban a creer. Sin embargo, instándolo la Señora, fue, fue a la casa del Arzobispo. Le costó mucho entrar, pero lo logró; y el Arzobispo, como es natural, pidió una prueba. Pasados algunos días, de nuevo la Virgen Santa se aparece a su mensajero y le dice que lo ha elegido a él, por ser el más pequeño de sus hijos, para llevarle este mensaje al Señor Arzobispo, y le da las pruebas: hace florecer las rosas en pleno invierno. El mensajero recoge las rosas de la Virgen, se las lleva al Arzobispo y al desdoblar su manta, en ella se ve la imagen de la Virgen azteca, la Virgen india.

No parece posible, mis queridos hijos, que haya habido tanta delicadeza en la Virgen Santa, de querer aparecer a un pueblo sometido en forma de india, como ellos, para demostrarles a los españoles, a los conquistadores, que nada valía el ser de una raza dominante, que Ella era la Madre de ese pueblo sometido, y una de ellos.

Nació, así, América, mis queridos hijos. La religión, el amor a Cristo y a su Madre hicieron comprender al conquistador que estos pueblos eran también hijos de Dios y que había que respetarlos. Y de ahí nació una pléyade de Sacerdotes y de hombres de Dios que defendieron los derechos humanos de los indios. Por eso, la Iglesia nuestra, que hoy se alza como antes en la misma hermosa tarea, no ha emprendido una tarea nueva: continúa la noble tradición que recibiera de sus antepasados.

El mediador de la paz

Hoy, en este aniversario de la Virgen de América, en Roma el Santo Padre ha querido reunir a todos los representantes de los Estados de América, a los

representantes de España, Portugal y Filipinas, y ha venido a proclamar, una vez más, la bondad de la Virgen de Guadalupe, patrona de América. Y ha venido a instarnos a nosotros a que seamos los gestores de la paz; y, refiriéndose a nuestros dos pueblos de Chile y Argentina, nos ha pedido que pongamos fin a la larga y dolorosa contienda que ha nacido entre estos dos pueblos, porque somos hermanos, porque somos hijos de la misma Madre, porque hemos nacido juntos a la Libertad. Nos insta el Padre Santo -a quien nosotros, los pueblos de Chile y Argentina, hemos buscado como Mediador ante nuestras querellas- a buscar el camino de la paz, diciéndonos que cualquier sacrificio que hagamos, por grande que sea, es pequeño al lado de las grandes ventajas de la paz. ¡Cualquier sacrificio es pequeño! Que debemos hacer esta paz por amor al hombre de esta tierra, por respetar sus derechos, por la predilección que debemos tener por los pobres de América, porque no cabe hacer una guerra entre hombres que se dicen cristianos. ¡No es posible llamarse cristianos y desear el desastre inmenso de una guerra! Esto nos dice el Padre Santo. Nosotros hoy recogemos sus palabras con reconocimiento de hijos y le prometemos responder a su llamado y trabajar tesoneramente por la paz en nuestra tierra, en nuestras casas, en nuestro continente, para bien de América y para bien del mundo, como nos lo ha recordado el Padre Santo.

No podíamos haber elegido un Mediador mejor: es el Padre de la cristiandad, es el Vicario de Cristo, el hombre santo y amable del mundo entero que proclama en todas partes el amor y la esperanza, el amor a Cristo el Señor y el amor al hombre, su hijo. Este es nuestro Mediador. Nosotros hoy estamos ciertos de que nuestros dos pueblos le dicen a él que vamos a oír su voz, y precisamente para presentarle nuestro amor y nuestra dedicación de hijos, han ido a la Ciudad Santa dos jóvenes, llevando millones de firmas de chilenos y argentinos que desean la paz y que desean oír la voz del Pontífice.

Chile y Argentina: una historia común

¡Cómo podría ser de otra manera, mis queridos hijos! En el año 1814, cuando Chile luchaba por alcanzar su libertad, ante un desastre, una derrota -nacida en parte de la pequeñez y de la incapacidad de sus ejércitos, pero sobre todo, de la incomprensión y de las rencillas entre sus jefes- el ejército encontró natural recurrir al pueblo hermano de Argentina. Y los chilenos, que en Santiago se veían preocupados y temerosos por los resultados de las armas adversas para Chile, huyeron a Argentina. Un número grande, sin preparación, en el mes de octubre, casi en invierno, atravesó el macizo andino, parte a caballo, parte a pie. Llegaron a Mendoza y allí fueron recibidos como hermanos. El Gobernador de Cuyo, Don José de San Martín, mandó a recibirlos y los recogió exámenes de la larga y difícil travesía. Y comenzó la hermosa tarea, de este pueblo que se sentía hermano del chileno, de organizar su ejército para hacer que Chile fuera libre.

Y así se hizo, mis queridos hijos. Así se hizo. Y en dos años se organizó un ejército. Hicieron la más grande epopeya de la época, atravesando la montaña más grande del globo, y en veinticuatro días, como dice el parte del General en Jefe, Chile cantó libertad y empezó la vida libre de Chile. Pero no sólo la vida libre de Chile: la batalla de Chacabuco -dicen los historiadores- fue el principio

de la libertad de toda América. Gracias a ella pudo darse Maipo, Pichincha, Ayacucho, Carabobo y todas las otras epopeyas que nacieron en América para obtener la plena libertad.

Gracias a esta unión de chilenos y argentinos, América podía disfrutar en paz de su libertad y los hombres de América reconocían que el sacrificio de sus hermanos les había dado la gracia inmensa de ser pueblos libres.

No podemos olvidar nuestro pasado

Hoy estos dos pueblos, que escribieron una de las más hermosas páginas de la historia de América, parece que se hubieran olvidado de su historia. Parece que se hubieran olvidado de que sangre chilena y argentina bañaron los campos de nuestra América para hacer florecer la libertad en ellos. Parece que se hubieran olvidado de que juntos emprendieron la liberación del Perú. Parece que se hubieran olvidado de que chilenos y argentinos formaban un solo pueblo y que el primero que obtuvo el nombre de Presidente de la República de Chile fue un hombre nacido en Buenos Aires.

Yo me pregunto: ¿Cómo es posible que neguemos nuestra historia? ¿Cómo es posible que no nos acordemos de la sangre de nuestros próceres? Los que hemos continuado el camino que ellos nos señalaron, los que tenemos en nuestras venas la misma sangre que corrió en los campos de batalla en los tiempos de la Independencia, no podemos jamás olvidarlo, no seremos hijos bastardos de esta tierra.

La paz entre Chile y Argentina debe reinar, y la guerra es imposible entre ellos. Por eso, en nuestra historia, teniendo 5.000 kilómetros de frontera, estos dos pueblos han sabido buscar la convivencia pacífica a pesar de las dificultades naturales que esto suponía; y por eso hicimos tratados que nos llevaron a buscar el arbitraje ante las dificultades naturales que debían presentarse y nunca hemos recurrido a las armas.

Ahora, en la última etapa, ¿sería necesario negar todo nuestro pasado y nuestra historia? Imposible, mis queridos hijos. Buscaremos los caminos de la paz; buscaremos los caminos de la paz porque la paz se logra con sacrificios y se logra con amor, con amor a las mujeres y a los niños de nuestras tierras. Por amor a todas las obras de arte que nosotros hemos construido y el progreso que hemos alcanzado. Por amor a nuestras ciudades. Por amor a nuestros campos y a nuestro pueblo que sería el más herido con una guerra, nosotros vamos a oír la voz del Pontífice. Nos llama así nuestra historia. Nos llama nuestra fe y el amor a nuestros pueblos.

¡Nunca unos contra otros!

"¡Paz, paz, nunca guerra! ¡Nunca unos contra otros!", clamó el Pontífice en la reunión de las Naciones Unidas. ¡Nunca unos contra otros, nunca la opresión de unos con otros! ¡Nunca más guerra!

Señora de América, Virgen Morena de Guadalupe, nosotros hoy, un pueblo

entero, se inclina ante Ti y, recordando que Tú eres la Hija del Padre, que es el Señor de la Paz y de la Justicia, te pedimos con la oración que hemos elevado que nosotros sepamos construir el progreso dentro de la justicia y de la paz. ¡Virgen Santa de América, oye a tus hijos que claman a Ti!

Así sea.

Santiago, 13 de diciembre de 1981.